

LO QUE LOS ARGENTINOS PIENSAN SOBRE LA PERSONALIDAD ARGENTINA

Por H. A. MURENA

“**V**EMOS por medio de espejo, en enigma”. ¿Y qué ocurre cuando ni siquiera contamos con la guía oracular del espejo, cuando por complejos motivos no se halla ante nosotros ese testimonio sobre nosotros mismos, inquietante pese a ser oscuro? Característica del curso del pensamiento argentino —si se lo compara con el de otros países de tensión histórica similar a la suya, Brasil, por ejemplo— es la escasez de los intentos de interpretación de la personalidad colectiva. Nación de origen reciente, que se integraba con un heterogéneo aporte inmigratorio, ¿existía en verdad, podía distinguirse desde el comienzo en su crisol —sin apelar a la discutible lente del “espíritu de la tierra”— ese fantasma que persiste a través de todas las transformaciones y que se llama personalidad nacional? Cualquiera sea la respuesta, el caso es que el nacionalismo —que oculta o abiertamente ha crispado siempre el *corpus* argentino— desempeñó en este orden del conocimiento un menester de censura, pues necesitaba imprescindiblemente de la ceguera para su enfermiza y fatal marcha hacia un némesis que hoy, en plena década del sesenta, vuelve a repetirse con sus lamentables consecuencias.

De ese modo, desde el anecdóticamente minucioso *Viaje a caballo por las provincias argentinas* (1847), de William Mac Cann, hasta las orgiásticas y penetrantes *Meditaciones sudamericanas* (1932), del conde Hermann de Keysserling, las imágenes del rostro argentino trazadas por extranjeros han cultivado la atención de los argentinos porque en cierto modo paliaban un vacío que los aislados esfuerzos nativos —como la polémica *Civilización i barbarie* (1845), de Domingo F. Sarmiento, la quimérica *Tradición nacional* (1888), de Joaquín V. González, y otros— no lograban llenar. Y si a las descripciones lisonjeras, por triviales que fuesen, se respondió con ese silencio que exhala el orgullo satisfecho, a quien no tenga noción de los raptos de *ardeur chauvine* con que los argentinos reaccionan ante las críticas más moderadas le bastará con recorrer las pocas páginas del artículo de José Ortega y Gasset titulado “Por qué escribí ‘El hombre a la defensiva’” para tener una sensación de la forma en que dicho “hombre a la defensiva”, dicho argentino típico, podía pasar a la ofensiva si se lo tocaba en los resortes de su debilidad y para entender que acaso el decisivo de tales resortes era una adolescente mezcla de inseguridad y soberbia que con ferocidad se rehusaba a confrontar la versión idealizada que fingía tener sobre sí misma con los no tan halagüeños rasgos que podía devolverle un espejo relativamente fiel.

Sin embargo, la crisis moral que afectó a Occidente en las postrimerías de la tercera década de este siglo, y que se tradujo primero a través del colapso general económico de 1929, si bien en la Argentina repercutió en forma agudamente negativa en los niveles político, económico, social, etc., no tardó en provocar en el orden ético una fractura merced a la cual no sólo se perdió parte de la mendaz certidumbre anterior, sino que también hizo patente para los argentinos la necesidad impostergable de formular con veracidad mayor las nociones respecto a ellos mismos que les permitieran no ser respecto a su hipotético *dharma* tan infieles como estaban demostrando poder serlo. Y en las casi cuatro décadas transcurridas desde entonces algunas voces se han alzado para tratar de responder a la esfinge.

En 1937 el novelista Eduardo Mallea publicó un vehemente ensayo de corte autobiográfico, *Historia de una pasión argentina*, cuya ideología logró un rápido y fuerte influjo en las minorías cultas. Lo que Mallea expuso fue una denuncia sobre “el extravío de nuestro pueblo”, extravío que tenía “los años de este siglo” y

por el cual había que responsabilizar a “la Argentina visible”, integrada por los que “viven de la Argentina”, quienes habían obrado en detrimento del núcleo creador de “la Argentina invisible”, que componen los que “viven la Argentina”. Prestigiosa como para que se la citase en periódicos e incluso en algún discurso ministerial, tal fórmula de sencillez seductora fue sin embargo vivida por el país —en cuanto a la pérdida de *virtù* nacional que señalaba— cada día con más peligrosa vigencia, hasta que la irrupción sudamericanamente dionisiaca del peronismo la confirmó en forma absoluta al barrer de la superficie con todo lo que mostrase el menor indicio de las bondades atribuidas a “la Argentina invisible”. Pero al día siguiente del golpe militar que en 1955 puso fin al peronismo, cuando empezó a descubrirse que “la Argentina invisible” que emergía tenía más semejanzas que las tolerables con “la Argentina visible” en súbito eclipse, se puso claramente de manifiesto que el maniqueísmo de la fórmula acuñada por Mallea —de orígenes rastreables en el pensar de Sarmiento— la tornaba poco apta para esclarecer del todo los enigmas del carácter nacional que son fuente de muchos de los males comunes de los argentinos.

Tal vez la percepción anticipada de la ineficacia última del planteo de Mallea haya sido lo que hacia fines de la década del cuarenta condujo, primero a ciertos núcleos intelectuales jóvenes y luego a un público más vasto, a la reconsideración de las obras de Ezequiel Martínez Estrada, quien en 1933 había publicado *Radiografía de la pampa*, libro que, curiosamente, no suscitó en la hora de su aparición los ecos que provocaría después. Clave de los restantes libros de su autor, *Radiografía de la pampa*, escrita en estilo rapsódico, con la práctica de un análisis morfológico y un pesimismo *à outrance* de raíces claramente spenglerianas, presenta al argentino como a un hombre que, por su miedo “a las fuerzas geográficas, psicológicas y tácticas de la llanura”, se ha convertido en un ser de personalidad adulterada y fantasmal, para el que la realidad profunda, en lugar de servir como punto de apoyo, constituye una constante amenaza mortal. Este diagnóstico representa una extensión a todos los argentinos de las categorías negativas que Mallea reserva para los “argentinos visibles”, y, expresado más de diez años antes del encumbramiento del peronismo, resultó profético respecto a las capacidades negativas de la personalidad argentina.

Sin embargo, la Argentina respondió con un *solvitur ambulando* —pese a que el andar de su solución fuera precario y traba-

joso— a las aporías con que Martínez Estrada la paraliza en su análisis radiográfico. Y en ello es inevitable ver una prueba de que la imagen desoladamente desesperanzada que Martínez Estrada presenta del argentino —aunque en su momento haya prestado el inapreciable servicio de hipocrático “fuego que sana”— resulta inadecuada para esclarecer la incógnita de la ecuación nacional argentina, sobre todo en lo que ésta tiene de más valioso, el *élan* que hace avanzar al país.

Quien se ha puesto a redactar este somero informe se siente obligado —por honestidad hacia sí mismo y hacia quienes lo lean— a consignar que en 1954 publicó un libro, *El pecado original de América*, cuyo valor acaso consista en haber actuado como incitante para otros, y en el cual se intentaba ampliar la visión romántico-positivista de Martínez Estrada mediante la consideración de factores metafísicos y religiosos que gravitan sobre el argentino —aunque sea asumiendo formas negativas— y le abren el compromiso de distintas libertades. Para este autor, la principal causa metafísica de la situación argentina y americana —causa tras la cual, como lo insinuaba claramente el título de ese libro, yace un misterio, o sea una pulsación religiosa— consiste en que en todos los pueblos americanos se ha producido una fractura histórica sin precedentes, una fractura a partir de la cual la historia en el sentido tradicional de continuidad —no de mera sucesión de hechos— parece no haber recomenzado jamás. Y de tal causa se derivarían los aspectos transitorios, positivos y negativos, del argentino.

Vinculada también a Martínez Estrada, pero por una común fascinación ante “el espíritu de la tierra” —aunque en este caso se celebre y, paradójicamente, se halle al *Geist des Erde* en el asfalto de Buenos Aires—, *El hombre que está solo y espera*, publicada en 1933 por Raúl Scalabrini Ortiz, es una obra que, aunque se refiera exclusivamente al habitante de la capital, al porteño, resulta imprescindible para captar los mecanismos elementales de la psiquis argentina: su xenofóbica exaltación de la soledad, el resentimiento y el sentimentalismo del hombre que pinta estaba, sin embargo, destinada a hallar su reducción al absurdo en la interesada apoteosis que el peronismo hizo de tales factores.

De 1948 es *El mito gaucho*, de Carlos Astrada, quien ve “la esencia de la argentinidad” en la fidelidad al “karma pampeano”, patente según el autor en el arquetipo que constituyó el poblador de las llanuras argentinas: los extravíos que el país padece se explica-

rían por la obra de “las generaciones desertoras”, que desde hace medio siglo se europizaron y volvieron las espaldas al “mito vivificador”. Y en 1959 Héctor P. Agosti publica *Nación y cultura*, obra en la que analiza y rechaza diversas interpretaciones del argentino, alegando que todas ellas “adormecen” respecto a los verdaderos problemas nacionales, para insinuar —con un internacionalismo de izquierda tan cerrado como el nacionalismo de derecha del Astrada de 1948— que dichos problemas se hallan en el psíquicamente indiferenciado plano de lo económico, en el que, *ex hypothesi*, no pueden diferenciarse los argentinos de ningún pueblo, sino más bien semejarse a todos.

La mención de los nombres de Jorge Luis Borges, Bernardo Canal-Feijóo, Francisco Romero, Carmen Gándara, Ernesto Sábato, Víctor Massuh, F. J. Solero —entre otros que incidentalmente se han ocupado del tema— acaso haga menos incompleta la síntesis sobre el pasado inmediato.

Un acontecimiento de importancia a señalar quizás sea el de que a partir de 1955 —tras una década de “literatura” oficial peronista sobre el argentino, “literatura” compulsivamente optimista, que equivalía a una censura completa— se produjo en el país una atmósfera de libre opinión que centenares de personas —en todos los niveles, desde el ensayo hasta la nota periodística o radiotelefónica— aprovecharon para expresar sus ideas y críticas respecto a lo que era o debía ser la personalidad argentina.

A partir de ese diálogo surgieron sobre el tema que nos ocupa manifestaciones diversas que indican en qué medida las experiencias nacionales y el influjo de las experiencias internacionales han hecho modificar el enfoque del argentino por el argentino mismo.

Representante en cierto modo arquetípico del punto de vista de esta nueva generación es quizás un libro de Juan José Sebreli, *Buenos Aires. Vida cotidiana y alienación*, del cual, sintomáticamente, se agotaron en breve lapso diez ediciones. Sebreli, nacido en 1930, formado bajo la influencia de Martínez Estrada, a quien luego repudió en nombre de la concepción marxista, demuestra ser, pese al cambio de perspectiva, una suerte de continuador de su maestro inicial en algunos de los aspectos valiosos de éste: la voluntad de verdad y la conciencia de la necesidad de una reforma drástica del estilo de vida de la comunidad argentina.

El libro es ambicioso en su metodología, según nos lo advierte el autor en las primeras páginas. Se procuraría en él una síntesis

de la visión de conjunto que brindan las principales categorías marxistas y de las investigaciones de pequeños campos de la sociología estadística. Tal es el método con el que Sebrelí busca superar "la parcialidad de la sociología burguesa y a la vez del marxismo vulgar". Así orientado, el autor se esfuerza por poner de manifiesto las pautas y la evolución de las pautas según las cuales se mueven las grandes fuerzas del singular conglomerado que es Buenos Aires, ciudad a la que toma tácita pero innegablemente como símbolo del país, de su habitante. Clasifica esas fuerzas en: burguesía, clase media, *lumpenproletariat* y obreros. Y traza de cada una de ellas retratos que comprenden sus lugares de residencia, sus costumbres más características, su relación con las otras fuerzas y su transformación. Estos retratos están pintados con vigor e inteligencia, aunque predomina un pathos propagandístico que se torna indignado y despectivo para la burguesía y la clase media, sentimental para el *lumpen* y utópico para los obreros. Apoyadas sobre todo en testimonios librescos que no eluden lo fantasioso, las descripciones caen también a veces en lo fantasioso, sobre todo en cuanto a un pasado del cual el autor no ha sido testigo, aunque también pueden notarse interesadas distorsiones respecto a fenómenos actuales. Debe señalarse como debilidad del texto íntegro el incumplimiento del método enunciado en las páginas iniciales: el autor abusa tanto de la sociología como del marxismo, al generalizar por un lado sin el menor apoyo de pruebas estadísticas y al hundirse en otros casos en detalles ociosos, subjetivos, que, por efímeros, carecen de validez como aporte a la mirada del conjunto.

La tesis central que Sebrelí aplica, de ortodoxia absoluta, dice así: "La deshumanización de la sociedad de clases provoca la frustración de la vida cotidiana, no sólo entre los desposeídos sino entre los poseedores. Por eso, la emancipación del proletariado, al crear condiciones humanas de existencia para la sociedad íntegra y al acabar con todas las formas de la alienación, emancipará al mismo tiempo de la soledad y la angustia a los propios opresores, permitiéndoles el acceso a la comunicación efectiva con el prójimo basada en el reconocimiento mutuo". Sebrelí, en suma, considera que cabe exclusivamente al proletariado la tarea de liberar a la sociedad y le asigna el *beau rôle* de restaurador de los valores verdaderamente humanos. Para esa mirada, los argentinos se dividen en un grupo de "malos" —la burguesía, la clase media— y otro de "buenos" —el proletariado. Ignorante en definitiva de la naturaleza hu-

mana, como todos los esquemas de la misma índole, este maniqueísmo trae en seguida a la memoria otro maniqueísmo similar, aunque de signo inverso, el de Mallea, quien no por azar es el autor a quien Sebrelí más cita en todo su libro. En efecto, a los argentinos "visibles" de Mallea (que eran los de la clase media y el proletariado) corresponden los "malos" de Sebrelí, y a los "invisibles" (que aludía traslúcidamente a la alta burguesía) los "buenos". El mero cambio de papeles —ingenua reacción ante el cambio de papeles habido en la vida psíquica argentina, en la que la corriente inmigratoria ha arrebatado el poder de expresión al núcleo oligárquico tradicional— no parece demasiado fructífero para el esclarecimiento de la personalidad argentina y los problemas que ésta proyecta sobre el vivir comunitario. Pues si la posición de Mallea —al suponer que la "cultura" era el supremo valor y el remedio *total* y al ignorar que la cultura carecía de significación para millones de criaturas "humilladas y ofendidas"— resultó inepta, igualmente inepta es la actitud de Sebrelí cuando fetichiza al proletariado, al asignarle la capacidad de acabar con *todas* las alienaciones y al ignorar así las numerosas alienaciones —por la tecnología, por el estado, por la burocracia, por el bienestar— que hacen hoy presa incluso de las sociedades "reformadas".

Dentro de este esquema nos hemos extendido un poco sobre el libro de Sebrelí no por su valor intrínseco, sino por su carácter de síntoma. Si se considera que ya Martínez Estrada se había esforzado por superar los maniqueísmos, al buscar las raíces de los males argentinos no en un grupo determinado sino en todos y cada uno de los miembros de la comunidad, se entenderá que la posición de Sebrelí configura un retroceso. Este retroceso —pese a los llamativos disfraces ideológicos con que se lo encumbra— es característico de la vida intelectual de la última década. Y junto con él se ha producido una considerable exacerbación del nacionalismo, que conduce a ensalzar desmesuradamente cualquier rasgo típico, sin otra norma de valoración que la propia tipicidad. Que un pueblo busque definir su propia personalidad es índice de que no la posee más que en forma débil y rudimentaria. De todos modos, una vez que se plantea históricamente una situación espiritual de esa índole, es preferible vivirla hasta el fin, agotarla, a fin de que la comunidad quede libre para ocuparse de temas más amplios que ella misma. Sin embargo, en el caso argentino, el retroceso y la exacerbación del nacionalismo parecen declarar la incapacidad y el miedo a la

acentuación de la incapacidad para marchar hasta el fin por ese camino de búsqueda de la propia identidad. Y ello se debe en gran medida a la amenaza que sobre esa actividad tiende hoy inexorablemente la internacionalización generalizada del estilo de vida humano: dentro de muy poco la marea niveladora de la ola tecnológica que va cubriendo el planeta anulará para siempre ese relativo aislamiento —y a la vez comunicación— que permitió antaño que cristalizaran esos modos de vida peculiares que se llamaron naciones. ¿Es eso lo que con mayor o menor agudeza perciben los intelectuales argentinos? En caso de que así fuera, este conglomerado humano —y acaso también muchos otros de América Latina— se vería empujado a vivir una vida de corte internacional sin haber pasado psíquicamente por la etapa de ser nación, es decir, otra vez sin el lastre necesario para que la navegación en los nuevos mares no sea demasiado azarosa.